

MISTERIO PASCUAL

SUMARIO:

I. Misterio pascual

II. El misterio pascual en la vida de Jesús:

1. La vida de Jesús en el misterio de la cruz.

2. La vida de Jesús a la luz de la resurrección.

III. El misterio pascual en la vida de la Iglesia

IV. El misterio pascual en la vida del cristiano:

1. Misterio pascual y fundamento de la salvación.

2. Misterio pascual y efusión del Espíritu.

3. Misterio pascual y vida sacramental.

4. Misterio pascual y crecimiento espiritual.

I. MISTERIO PASCUAL

La voz "misterio pascual" no está recogida, que sepamos, en ninguno de los diccionarios bíblicos o teológicos. Por otra parte, la Sagrada Escritura sólo habla de "misterio de Dios" (Col 2,2), de "misterio de Cristo" (Col 4,3; Ef 3,4); en cuanto a la espiritualidad cristiana, en su reflexión sobre la obra salvífica de Jesús, ha puesto alternativamente el acento unas veces en la primacía de la cruz, otras veces en la de la resurrección. La tradición de la Iglesia occidental, por diversos motivos, ha subrayado la función de la cruz, siguiendo sobre todo la doctrina soteriológica de san Anselmo, quien, al presentar la redención realizada por el Hijo de Dios hecho hombre, prescinde por completo del papel de la resurrección. Muchas de las órdenes y congregaciones religiosas se han inspirado para su formación espiritual en la cruz y en la pasión de nuestro Señor (Pasionistas, Sociedad de la Preciosísima Sangre de Jesús, Estigmatinos, etc.) y casi ninguna en la resurrección. En cambio, en la época inmediatamente anterior y posterior al Vat. II, encontramos un florecimiento de las investigaciones sobre la resurrección, y, tanto en la liturgia como en la vida de la piedad, se ha hecho resaltar casi exclusivamente la fiesta, la alegría, la vida.

Pues bien, está claro que el misterio pascual, en su integridad, abraza la muerte y la resurrección de Cristo, como los dos extremos del misterio de Cristo, los momentos culminantes de su misión salvífica y redentora. Durante los tres primeros siglos, los cristianos celebraban una sola fiesta, o sea, la vigilia pascual, durante cincuenta días, conmemorando al mismo tiempo el jueves, el viernes, el sábado santo, el domingo de Pascua, la Ascensión y Pentecostés, es decir, el misterio pascual en su fase completa. Para san Juan, el misterio pascual es la consumación de la bajada del Verbo a la carne, y la muerte-resurrección de Cristo constituyen dos momentos o dos etapas de un único acontecimiento, que se condicionan y se interpretan mutuamente. Es raro que el anuncio de la muerte de Jesús no contenga también el de su resurrección (Lc 9,44; Mt 26,2). En las tres solemnes predicciones de la pasión que nos refieren los sinópticos, el programa de la vida de Jesús se cierra con la resurrección (Mt 16,21; 17,22; 20,17 y par.). Si solamente tuviéramos el signo de la muerte, el amor se revelaría como don, pero no como vida eterna; la muerte de Cristo sería un testimonio de la "justicia", pero no una victoria sobre la muerte. En cambio, si Cristo hubiera manifestado sólo su poder mesiánico, el amor de Dios no se habría manifestado en nuestra condición. Así pues, la muerte y la resurrección son la epifanía del misterio de Dios en la condición humana. Tras haber presentado la muerte y la resurrección como las dos caras del mismo misterio de la salvación, veamos ahora cómo se vivió este misterio en la experiencia de Jesucristo (II), en la vida de la Iglesia (III) y en la vida del cristiano (IV).

II. EL MISTERIO PASCUAL EN LA VIDA DE JESÚS

1. LA VIDA DE JESÚS EN EL MISTERIO DE LA CRUZ

La vida terrena de Jesús es el cumplimiento de un programa o de una misión en una dimensión de obediencia radical (Jn 4,34; 5,19; 8,38; 8,55; 12,49). La aceptación sin condiciones con que él cumple esta misión le enfrenta primero con la contradicción y, finalmente, con la oposición activa (Mc 3,8). Sin embargo, Jesús permanece fiel a su misión y se identifica con ella incluso cuando la resistencia a su mensaje y a su acción se convierte en oposición a su misma persona y se manifiesta en la supresión violenta (Mc 12,6-8).

La cima de esta existencia obediencial, que se tradujo en un sí decisivo a la voluntad del Padre, es para Flp 2,8 la muerte en la cruz, esto es, una muerte injuriosa e infamante. Jesús camina y llega hasta la muerte en la cruz no por causa de algún incidente y mucho menos por un fracaso en su misión, sino dentro de los designios eternos del Padre: "A éste, entregado conforme al consejo y previsión divina, lo matasteis, crucificándolo por manos de los inicuos" (He 2,23). El agente original sigue siendo Dios Padre, ya que "todo viene de Dios, que nos reconcilió con él por medio de Cristo y nos confió el misterio de la reconciliación" (2 Cor 5,18). Jesús es consciente de su destino y desde el principio vive en virtud de la hora; más aún, mide toda su acción según la distancia de esa hora (Jn 2,4; 7,30; 8,20; 12,23; 13,1; 16,32; 17,1). La cruz, que él no anticipa, cuyo conocimiento deja al Padre (Mc 13,32), es la medida de su existencia. Predijo varias veces a sus discípulos la pasión (Mt 16,21; Mc 8,31; Lc 9,22) y la necesidad de pasar a través del sufrimiento para llegar a la gloria (Lc 24,26). La respuesta a los hijos del Zebedeo sobre el cáliz y sobre el bautismo que les aguardaban; la parábola de los viñadores homicidas (Lc 12,49-50); algunas circunstancias de su ministerio, como la violación del sábado (Mc 2,23-28) y la acusación de blasfemia (Mc 2,7),

manifiestan claramente que Jesús era consciente de que iba al encuentro de una muerte cruel y un destino doloroso. Pero es necesario señalar que el lenguaje y el comportamiento de Jesús no es el de un vidente que descifra un porvenir que está para desarrollarse en su presencia, sino el de un enviado del Padre, consciente de su misión y del resultado que va a obtener. Por consiguiente, su existencia no es la anticipación de la pasión, ya que la "hora" conserva en todas las circunstancias de su existencia terrena su auténtica temporalidad. Privar a Jesús de la posibilidad de confiarse al destino de Dios y hacerlo avanzar hacia un fin conocido de antemano y distante solamente en el tiempo equivaldría a despojarlo de su dignidad de hombre.

El huerto de Getsemaní con el "caer en tierra" (Mc 14,35), con su "terror y abatimiento" (Mc 14,33), constituye el comienzo de la verdadera pasión de Jesús y la entrada del pecado del mundo en la existencia corporal, psíquica y personal de nuestro "representante" y mediador'. En el huerto de Getsemaní ocurrió lo que Abraham no tuvo necesidad de hacer con Isaac: Cristo fue abandonado con absoluta premeditación por el Padre al destino de la muerte; Dios lo puso en manos de las fuerzas de la corrupción, lleven éstas el nombre de unos individuos o de la misma muerte; lo maldice, lo hace pecado (2 Cor 5,21). Así pues, Dios entrega por amor a su Hijo único (Rom 8,32; 2 Cor 5,21), y Jesús asume activamente a su vez con amor nuestros pecados y nuestra maldición (Gál 3,13; Col 2,13) en la ejecución del juicio divino sobre el "pecado". En efecto, ante el rechazo de su anuncio del reino de Dios, centro de su predicación y de su obra, Jesús prevé que deberá tomar sobre sí el juicio de Dios, en el sentido judío de la muerte. Es precisamente la concepción bíblica de la muerte, entendida como salario del pecado, signo de la rebeldía del hombre contra Dios y, por tanto, acompañada siempre por la separación del hombre de Dios, lo que explica el miedo de Jesús ante su muerte física, en contraste, por ejemplo, con la calma que Sócrates mostró ante la muerte. La concepción griega de la muerte veía en ella la liberación del alma inmortal y divina de los lazos de la materia mortal y terrena, la salida de la cárcel del cuerpo para poder llegar a la inmortalidad bienaventurada. Jesús siente todo el peso del juicio de Dios contra Israel, objeto de la ira divina, y en él el juicio contra toda la humanidad, orgullosa y pecadora; ve que sobre su muerte en la cruz, medida original de la fe cristiana y línea divisoria de toda antropología e ideología, se dividirán los hombres de todos los tiempos; algunos verán en ella el escándalo o la locura y prepararán así el juicio de su propia condenación, mientras que otros verán en ella un don de Dios a los hombres y anticiparán el juicio de su propia salvación. Jesús es el primero en aceptar su propia muerte sin dudar de Dios ni escandalizarse de él, sino asegurando incluso a los discípulos que el señorío de Dios se realizaría plenamente y prometiéndoles continuar con ellos el banquete en el reino de los cielos (Lc 22,14-18).

2. LA VIDA DE JESÚS A LA LUZ DE LA RESURRECCIÓN

La misión del Hijo, que viene del Padre y ha de volver a él, queda sellada por el Padre mismo, que exalta al Hijo el día de pascua. Este día, que contiene el acontecimiento más decisivo de toda la historia humana, se indica y se representa por medio de categorías únicas; en el lenguaje y en la experiencia humana no existen analogías que sirvan para señalar el misterio de la resurrección, que es algo muy distinto de la reanimación de un cadáver. Por otra parte, tanto el comienzo como la conclusión del itinerario terreno del Salvador se realizan en una total ausencia de testigos humanos. La resurrección de Jesús indica el paso de una forma de existencia mortal (Rm 6,10) a otra forma de existencia en la gloria eterna del Padre (1 Pe 3,18); es la respuesta de Dios, que declara redentora la muerte de Jesús, iluminando y dando sentido a la cruz y al sepulcro. Jesús, a diferencia de David y de cuantos él mismo resucitó, es preservado de la corrupción (He 13,34), vive para Dios por los siglos de los siglos y tiene las llaves de la muerte y del Hades (He 1,17). El crucificado está vivo y ha asociado al movimiento de su exaltación también su cuerpo, que se convierte así en un cuerpo que ha sufrido y es glorificado, haciendo posible el reconocimiento de la continuidad entre el resucitado y Jesús de Nazaret. Puede decirse, efectivamente, que la cruz documenta la resurrección. En el evangelio de Lucas dice Jesús: "Ved mis manos y mis pies. Soy yo mismo" (Lc 24,39); y en el de Juan: "Trae tu dedo aquí, mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado" (Jn 20,27). A pesar de que Jesús resucita por su propia virtud y se manifiesta a unos testigos elegidos de antemano libremente, la iniciativa del acontecimiento salvífico se le atribuye siempre al Padre como la manifestación más conspicua de su poder ("... cuál es la excelsa grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, según la fuerza de su poderosa virtud, la que ejerció en Cristo resucitándolo de entre los muertos": Ef 1,19-20) y de su gloria ("Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre": Rom 6,4), y al Espíritu Santo como instrumento de la resurrección y como canal por el cual se distribuye su eficacia en la Iglesia y en el cosmos. La resurrección supone en Cristo la transfiguración de siervo doliente en mesías glorioso, que tiene todo poder en el cielo y en la tierra (Mt 28,18) y en todas las riquezas del Espíritu (He 2,33); en Señor de vivos y de muertos (Rm 14,9) y principio del cosmos (Col 1,15-17); en Hijo de Dios con poder, que no conoce ya obstáculos de ningún género y que supera las leyes de la naturaleza y de la misma razón (1 Cor 14); en sacerdote eterno, que está sentado junto al Padre e intercede por nosotros con sólo su presencia (Heb 9,24), convertido en principio de salvación eterna. La circuncisión de su muerte y resurrección lo ha exaltado sobre su nacionalidad judía y lo ha constituido hombre universal, sobre el que podrá construirse la Iglesia mundial, cuyos miembros no son ya ni judíos, ni griegos, ni bárbaros. Jesús es el mismo; y, sin embargo, la libertad de que goza le hace distinto. Es el mismo, porque no es sólo espíritu, sino que conserva las llagas de su pasión y está vivo con todo su ser total. Es distinto, porque no está ya sometido a nuestros condicionamientos y su iniciativa es absoluta. Jesús se encuentra con los discípulos y ese encuentro es puro don en la palabra y en el signo, en el saludo y en la bendición, en la invitación, en la alocución y en la

instrucción, en el consuelo, en la exaltación y en la misión, en la fundación de una nueva comunidad. El encuentro pascual no constituye solamente una alegría pascual pura (Jn 20,21), sino que lleva también consigo reproche (Lc 24,25; Mc 16,14), tristeza (Jn 21,17), una mezcla de temor y de alegría (Mt 28,8; Lc 24,41), y, para Pedro, proyecta en el horizonte de su vida, no sólo el servicio, sino también el sufrimiento (Jn 21,18). A los discípulos, enriquecidos ya ahora con su misión y, sobre todo, con su Espíritu, les confía la tarea de continuar su misma obra de salvación, de predicar el reino de Dios a todas las criaturas. Lo que antes de pascua se llamaba seguimiento, se llama ahora, después de pascua, misión a todos los hombres: "El apostolado cristiano primitivo no depende de la misión histórica de los discípulos recibida del rabino de Nazaret, sino que se basa en las apariciones del resucitado". A través de la muerte y de la resurrección de Cristo, el mundo ha quedado reconciliado con el Padre (Col 1,19), y la Iglesia tendrá que continuar esta obra de reconciliación mediante su ministerio de comunión. Aun cuando la gloria de este ministerio se contiene en los vasos de barro de una existencia llena de debilidades y de miserias humanas, rodeada por toda clase de tribulaciones y de preocupaciones, expuesta siempre a la muerte (2 Cor 4,7-12), sigue en pie el hecho de que el que vive en Cristo, encarnación de la nueva y eterna alianza, es partícipe de una nueva relación con Dios. El que está animado del espíritu del resucitado tiene la justicia de Dios, goza de la paz y armonía entre Dios y el mundo e introduce en el mundo, con su testimonio, más aún que una doctrina, una presencia viva y operante, ya que "la vida de Jesús se manifiesta también en nuestra carne mortal" (2 Cor 4,11).

III. EL MISTERIO PASCUAL EN LA VIDA DE LA IGLESIA

Con el cumplimiento del misterio pascual la Iglesia ha adquirido una nueva vida (Rom 8,9), un nuevo conocimiento (Flp 3,10), una nueva moral (Rom 7,16). Pero mientras que Cristo se ha convertido ya en vencedor del mundo (Jn 16,33) y ha sometido a su dominio a todas las potencias, la Iglesia vive aún inmersa en el mundo, siendo al mismo tiempo reino de Dios y signo e instrumento de ese reino. Aunque ella es el cuerpo del Cristo glorioso y vive del Espíritu, gime aún bajo el peso de una existencia mundana y en la fatiga de un camino en la fe, no iluminado completamente todavía por la visión (2 Cor 5,4-8). En la Iglesia, comunidad redimida, siguen aún las tensiones entre la carne y el pecado, por una parte, y el espíritu y la gracia, por otra; y, aunque sus miembros no tienen ya que conformar su conducta con las exigencias de los elementos del mundo, de hecho permanecen bajo su tiranía y su influencia maléfica. Más aún, "desde que el Jesús histórico venció y fue elevado a Señor del mundo, está el cristiano mucho más implacablemente reclamado por la cruz histórica de Cristo, hecho jirones entre la posesión anticipada de la ciudadanía celeste (Heb 12,22) y la exigencia de iniciar lo que allí está ya realizado, en un mundo esencialmente desprovisto de las condiciones para lograr tal realización y dotado de unos instintos de conservación que le hacen ponerse a la defensiva contra la irrupción del Reino escatológico de Dios".

El tiempo de la Iglesia, tiempo de la paciencia de Dios y del hombre, tiempo de la celebración de la eucaristía hasta que él venga (1 Cor 11,26), tiempo del ya y del todavía no, está colocado entre la resurrección inicial que la hace nacer a la historia y la resurrección final que la hace nacer a la eternidad. Mientras no se afirme la caridad en la posesión eterna de la vida misma de Dios, habrá un estado de vida, la virginidad, que atestiguará ante el mundo la presencia del misterio pascual en la Iglesia y la relativización de todas las situaciones humanas frente al poder del reino de los cielos. Y habrá una virtud, la esperanza, que, partiendo de la posesión actual del Espíritu, alimentará los deseos de liberación y de redención total de la humanidad (Rom 8,23). La Iglesia sufre la falta de plenitud de su resurrección en Cristo cuando soporta la persecución de sus miembros, incomprendidos en su fe y pisoteados en su dignidad de personas humanas, cuando se ve sometida a la debilidad y a la incoherencia en su testimonio de comunidad de salvación y de amor, cuando sufre la tentación de un poder ambiguo y se olvida de servir a Dios crucificado. Esta Iglesia, que en su dimensión histórica lleva los contrasignos de las dos condiciones antitéticas de un destino celestial y de una realidad humana, encuentra el equilibrio entre el desánimo y el optimismo, entre el cansancio y el arrojo, entre el sufrimiento y el gozo solamente en Cristo, el único que ha alcanzado la identidad de la cruz y de la resurrección. La Iglesia se hace realmente lo que ella es cuando se apropia de su existencia y se sumerge en Cristo Jesús: "Ninguno de vosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, vivamos o muramos, somos del Señor. Porque por eso murió Cristo y resucitó: para reinar sobre muertos y vivos" (Rom 14,7-9).

IV. EL MISTERIO PASCUAL EN LA VIDA DEL CRISTIANO

1. MISTERIO PASCUAL Y FUNDAMENTO DE LA SALVACIÓN

Jesús, en su muerte y resurrección, llevó a cumplimiento la obra de salvación que le había confiado el Padre: la redención humana y la perfecta glorificación de Dios (DV 4). En efecto, "muriendo destruyó la muerte y resucitando nos ha devuelto la vida" (SC 7 y *prefacio* pascual del misal romano); uniendo a sí la naturaleza humana y venciendo la muerte con su muerte y resurrección, ha redimido al hombre y lo ha transformado en una nueva criatura (Gál 6,15; 2 Cor 5,17; ef LG 7); con su muerte y resurrección completó en sí los misterios de nuestra salvación y de la restauración universal (AG 5); en la cruz llevó a cabo la obra de la redención, con lo que adquirió para los seres humanos la salvación y la verdadera libertad (DH 11). Así pues, el misterio pascual es el fundamento de la salvación cristiana, ofrecida a todos los hombres indistintamente, incluso a los que están fuera de los confines

jurídicos de la Iglesia. En efecto, incluso éstos, de una manera que Dios conoce, tienen del Espíritu Santo la posibilidad de entrar en contacto con él (GS 22). La muerte y la resurrección forman un bloque completo e inseparable en la obra de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Son dos aspectos del único acontecimiento salvífico o dos elementos de un solo misterio. En la Sagrada Escritura la salvación se atribuye a menudo directamente a la muerte de Jesús en la cruz (Rom 3,25; 5,9; Gál 2,206; Ef 5,26; Tit 2,14); otras veces, a la resurrección (He 26,23; 1 Pe 1,3; 3,21), y otras a ambas, como en el texto de san Pablo: "El (Jesús) fue entregado por nuestros pecados y fue resucitado por nuestra justificación" (Rom 4,25).

En el desarrollo del pensamiento paulino sobre el significado de la muerte y resurrección de Cristo en la historia de la salvación, se pueden señalar claramente tres etapas, resumidas en tres textos fundamentales. En 1 Tes 5,10, donde la atención se centra en la *parusía*, se considera la muerte y resurrección en sí mismas, es decir, independientemente del influjo que ejercen en la vida cristiana. En 2 Cor 5,15 y Rom 6,3, que recuerdan cómo la pasión y la resurrección están ya presentes en la vida terrena del bautizado, ambas se hacen historia de la salvación. En Rom 14,9 y 4,25, que consideran la resurrección asociada a la causalidad redentora de la muerte de Cristo, los dos acontecimientos se convierten en fases complementarias de la salvación.

Los padres de Oriente consideran la muerte y la resurrección como concausas de la salvación. San Juan Crisóstomo escribe que "Jesús murió y resucitó para que nos hiciéramos justos" (PG 60, 467); y san Cirilo de Alejandría resume las dos efectos salvíficos en la frase "hemos sido justificados en Cristo" (PG 78, 1408). Lo mismo piensan los padres latinos, aunque entre ellos se muestra frecuentemente la tendencia a considerar la resurrección como algo puramente "moral". Bástenos recordar a san Hilario: "Nos ha redimido por medio de su sangre, de su pasión, de su muerte y de su resurrección. Este es el alto precio de nuestra vida" (PL 9,776); y san Agustín dice: "Lo mismo que en su muerte se nos siembra, así en su resurrección germinamos. Con su entrega a la muerte cura el delito; con su resurrección nos trae la justicia" (PL 37, 1321).

El Vat. II ha situado la cruz, comprendida dentro de la totalidad del misterio pascual, en el centro de la teología y de la moral. Para el concilio, el misterio pascual constituye la cima de la revelación: "Por tanto..., sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección y con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino; a saber, que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y la muerte, y para hacernos resucitar a una vida eterna" (DV 4). Cristo en su muerte en la cruz se manifiesta como el siervo de Yahvé que ama a su pueblo, como el buen pastor que ha venido no a ser servido, sino a servir (Mt 20,28; Mc 10,45) y dar su vida por sus ovejas (Jn 10,11) (LG 27).

Desde un punto de vista más estrictamente teológico, se puede hablar con santo Tomás de causalidades diversas: la muerte tiene una causalidad meritoria, redentora, reparadora, sacrificial; la resurrección tiene sólo una causalidad instrumental, intencional *ad modum signi*: la resurrección física de Cristo, sacramento primordial de salvación, es en su *feri* un gran sacramento, celebrado una vez para siempre, que significa (en virtud de la humanidad) y produce eficazmente (en virtud de la divinidad) nuestra resurrección espiritual y también nuestra resurrección física del cuerpo en la escatología. "En razón de la eficacia que depende de la virtud divina -escribe el doctor angélico-, tanto la muerte de Cristo como juntamente con ella la resurrección son causa no sólo de la destrucción de la muerte, sino de la reparación de la vida. Pero en razón de la ejemplaridad la muerte de Cristo, por la cual se separó de la vida mortal, es causa de la destrucción de nuestra muerte; la resurrección, en cambio, mediante la cual comenzó su vida celestial, es causa de la reparación de nuestra vida. La pasión de Cristo es, además, causa meritoria".

2. MISTERIO PASCUAL Y EFUSIÓN DEL ESPÍRITU

Durante su existencia terrena Jesús estuvo presente entre los hombres; pero, como un pequeño grano solitario, permaneció extraño a todos ellos, incluso a su propio ambiente, llevando como nosotros una existencia en la carne, cerrada por completo en sí misma en la autonomía de su debilidad. En el misterio de la pascua él murió a la carne y a sus limitaciones y vive en el Espíritu, que es fuerza divina, apertura infinita y efusión total. El grano se convirtió en espiga granada que se dobla por el peso de su fecundidad. De esta nueva existencia es principio el Espíritu, que lo resucitó de entre los muertos y que había sido el signo de su santidad filial y de su misión: "Sobre el que veas descender y posarse el Espíritu, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo lo vi y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios" (Jn 1,33). Y es ese mismo Espíritu el que Jesús da a los apóstoles el día de su resurrección: "Recibid el Espíritu Santo" (Jn 20,22), uniendo a ese don la comunicación de su santidad y la transmisión de su misión y de su poder. Para los apóstoles, como para Jesús, el principio vital no es ya la psiché en su debilidad, sino el *pneuma* en su poder. Al comienzo de la existencia carnal está el soplo vital que transforma al primer Adán en un ser viviente (Gen 2,7); al comienzo de la nueva existencia hay una nueva acción del Espíritu, que transforma el cuerpo de Cristo resucitado en verdadero espíritu vivificante (1 Cor 15,45). Se contraponen dos humanidades: la de nuestra vida terrena y la de la resurrección gloriosa. La primera se relaciona con la creación de Adán, la segunda con la acción del Espíritu sobre el segundo Adán, convertido en principio y prototipo de la nueva stirpe; humana; en un ser celestial, que vive de la vida del Espíritu.

El Espíritu que se adueña de Cristo, resucitado por nosotros, por nuestra justificación, produce también en el cristiano una nueva existencia, ya que todos los que se encuentran en Jesús han resucitado en él. También al cristiano se le ha destinado el Espíritu de la resurrección, que actúa al mismo tiempo en Cristo y en nosotros. Desde ahora: el Espíritu nos transforma y desde ahora es en nosotros santidad, poder y gloria al mismo tiempo, como el

día de la resurrección. El nos hace libres de toda esclavitud, incluida la de cualquier tipo de ley moral que no sea la de la nueva vida, y nos capacita para acciones y manifestaciones carismáticas que desafían las leyes naturales y de la misma razón; (1 Cor 14). Los que son movidos por el Espíritu ya no están realmente bajo la Ley (Gál 5,18), pues el Espíritu es el principio de la moral de los últimos tiempos, regida por el misterio pascual, es decir, por una ley de sacrificio durante toda la vida. Esta nueva ley regula la actividad moral, de acuerdo con el paso verificado en el fiel del dominio de la carne al del espíritu (Rom 8,2-5; Col 3,1).

La vida cristiana se presenta como una muerte y una novedad; es renuncia a los vicios que caracterizan al hombre carnal, el libertinaje, la idolatría, el odio; y es entregarse a la justicia, a la bondad, a la pureza (Gál 5,19-23). "Los que son de Cristo crucificaron la carne con las pasiones y concupiscencias. Si vivimos en espíritu, en espíritu también caminemos" (Gál 5,24-25). El ideal moral al que tienden los fieles no es el de la sabiduría o el de la mística griega, que encuentra su última perfección en la gnosis divina, ni consiste en la práctica heroica de las virtudes humanas; aunque poseyera toda la gnosis y todas las virtudes heroicas, el fiel no sería todavía nada (1 Cor 13,1-3). El ideal tampoco consiste ya en la justicia conferida por la ley. El ideal es Cristo muerto y resucitado, fundamento de la única justicia, la de la justificación de la vida (Rom 5,18), y la participación del Espíritu de amor que anima a Cristo. Por otra parte, la cruz proclama que no es el hombre el que construye la caridad, con sus decisiones y con sus planes, sino que es la caridad de Cristo la que construye al hombre nuevo.

3. MISTERIO PASCUAL Y VIDA SACRAMENTAL

Toda la vida sacramental del cristiano es un recuerdo del misterio pascual, ya que, según el Vat. II, casi todos los acontecimientos de la vida de los fieles bien dispuestos son santificados por medio de la gracia divina que fluye del misterio pascual, de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, de donde obtienen su eficacia todos los sacramentos y sacramentales (SC 71). La relación de los sacramentos con el misterio pascual y con el sacrificio se deduce también de las enseñanzas del concilio, cuando invita a conferir la confirmación en el curso de la misa (SC 71), cuando dispone que el matrimonio se celebre habitualmente dentro de la misa (SC 78) y alaba la práctica de emitir también durante la misa la profesión religiosa (SC 80).

La Iglesia, identificada con Cristo, encuentra la salvación en la resurrección, porque es incorporada al Salvador no en un instante cualquiera de su existencia, en Belén, en Nazaret, por los caminos de Palestina, ni tampoco en una existencia celestial posterior al acto redentor, sino porque se le une en el acto mismo de la redención; es el cuerpo de Cristo en un instante concreto y ya eterno, en el instante en que se cumple la redención, en el instante de la muerte en la cruz, en que Cristo es glorificado por el Padre.

El que vive en Cristo lleva una existencia pascual, recorre el camino hacia el Padre que Jesús abrió en la cruz, en su carne (Heb 10,20). El comienzo de este camino de salvación, de este *vado ad Patrem* cristiano, es el bautismo. El bautismo introduce en el misterio de la redención al fiel, que permanece en él de modo estable y no cesa de celebrar su unión con Cristo en la muerte y en la glorificación hasta el día en que se complete cuando se duerma con Cristo en la muerte (2 Tim 2,11) y resucite con él en el día final (Rom 6,8). Según el rito antiguo del bautismo, sumergirse en el agua era morir y ser sepultado con Cristo, morir al hombre viejo, a los vicios y a las concupiscencias. Salir del agua era resucitar con Cristo. Por eso san Pablo escribe a los fieles de Roma que "fuimos sepultados juntamente con él por el bautismo en la muerte, para que como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en nueva vida" (Rom 6,4; cf Ef 2,8; Col 3,1; 2 Tim 2,11). San Cirilo de Jerusalén escribía a sus fieles: "Cuando os sumergisteis en el agua estabais en la noche y no visteis nada, mientras que al salir del agua os encontrasteis como en plena luz. En el mismo acto moríais y nacíais: este agua saludable era para vosotros al mismo tiempo sepultura y madre" (PG 33, 1080c). La vida del cristiano es un desarrollo del bautismo y del sacerdocio universal recibido en él. Los bautizados tienen que "anunciar el poder de aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz" (cf 1 Pe 2,4-10). Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabando juntos a Dios (He 2,42-47), ofrézcanse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (Rom 12,1), y den testimonio por doquiera de Cristo, y a quienes lo pidan, den también razón de la esperanza de la vida eterna que hay en ellos (1 Pe 3,15)" (LG 10).

Este nuevo principio de vida redimida está, sin embargo, encerrado en una naturaleza dañada por el pecado y sometida a la incoherencia y a la debilidad de la carne. Por eso se nos ha asegurado un alimento, que es el cuerpo de Cristo en su acto redentor: "Tomad y comed; éste es mi cuerpo que se entrega por vosotros". También la eucaristía es un sacramento que nos hace entrar en contacto con la muerte y la resurrección, en cuanto que une al fiel con la muerte de Cristo, asociándolo a su resurrección. Las palabras de la institución la enlazan con la cruz; el rito de la fracción del pan la acerca a la resurrección. La fracción del pan prolonga en la intimidad del banquete de los discípulos la experiencia de la presencia de Cristo glorificado, mientras que la cena y su conmemoración se presentan ante todo como el banquete sacrificial de la cruz. San Ignacio define la eucaristía como "la carne... que sufrió por nuestros pecados y que el Padre ha resucitado por su bondad" (Ad Smyrn, 7,1). Los elementos mismos de la eucaristía significan en cierto modo la simultaneidad y la implicación recíproca de la muerte y de la resurrección. El cuerpo y la sangre, en las palabras de Jesús: "Esto es mi cuerpo..., ésta es mi sangre", en cuanto símbolo de unos elementos separados, son un signo de la inmolación y, por tanto, de la muerte. Pero son al mismo tiempo una comida y una bebida, es decir, un principio de vida. Antes incluso de ser memoria del sacrificio y de la muerte, son en sí mismos un alimento, un medio de crecimiento y, en consecuencia, un signo de la vida y de la

continuación de esa vida. La eucaristía es un banquete sacrificial. Los alimentos que esta comida sacrificial produce sobre todo en la Iglesia son diversos. En primer lugar, cimienta la unidad de la Iglesia, la comunidad mesiánica de la nueva alianza (Lc 22,20; 1 Cor 11,25), ya que todo banquete sacrificial establece unos vínculos indisolubles entre los comensales, lo mismo que la cena del cordero señalaba en otros tiempos la unidad del pueblo de Dios (Ex 12,43-48). Los fieles que comen el único pan, que es el cuerpo de Cristo, forman un solo cuerpo, es decir, el cuerpo de Cristo. Además, este banquete introduce la plenitud del sacrificio de Cristo en el cuerpo terreno, la Iglesia, que ofrece tantos sacrificios en su historia cotidiana de lucha y de sufrimiento para hacer que triunfe la verdad y el amor. Finalmente, la comida sacrificial eucarística, en cuanto festín final de los tiempos, produce la parusía, es decir, realiza la presencia de Cristo que juzga a los hombres y purifica de todas las escorias del mal los elementos de verdad y de gracia presentes en el mundo (AG 9). Puede afirmarse que la eucaristía une a los creyentes con los dos extremos de la historia: con la pascua, que inaugura la redención, y con la parusía, que le da cumplimiento. La Iglesia no se siente escindida en dos por esta orientación hacia los dos puntos extremos de su historia, ya que en el origen de su existencia y de su fuerza tiene un único acontecimiento, que recuerda una pasión y garantiza una glorificación futura. "Comeréis el cordero todo entero, había recomendado Moisés, `desde la cabeza hasta las patas' (Ex 12,9); es decir, comulgaréis con Cristo en su misterio total, con el Cristo de los dos extremos del tiempo" [In Pascha 2; PG 59, 7281.

Naturalmente, la eucaristía no es tan sólo un gesto ritual, un canto, un signo, en una palabra, un culto exterior, sino una participación de Cristo en su muerte al mundo y en su vida de gloria. Jesús no ofreció un sacrificio exterior a él mismo, sino que con su propia sangre entró de una vez para siempre en el santo de los santos (Heb 9 12) y, expirando en la cruz, derribó el templo del culto terreno. Del mismo modo, también el sacerdote deja de ejercer el sacerdocio cristiano si se limita a ofrecer un sacrificio exterior a su persona, una hostia que esté sólo en sus manos. El cristiano no celebrará auténticamente la eucaristía sin una comunión con el cuerpo y un compromiso personal en el misterio redentor de Cristo. El que no se asocia personalmente al acto redentor no pasa de ser un ministro del signo, de lo que en el culto cristiano es imperfecto y terreno; es semejante al sacerdote del Antiguo Testamento, que ofrecía una víctima exterior. Así pues, la celebración eucarística no puede separarse de la vida y va más allá del tiempo del culto sacramental. San Pablo no sólo afirma que "muere con" y "resucita con" Cristo en el sacramento, sino en toda su vida: "Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo, pues es Cristo el que vive en mí" (Gál 2,19-20). Por eso la Iglesia celebra el sacrificio de Cristo también fuera de la acción litúrgica; lo celebra en sus fieles, que mueren a sí mismos, por obediencia, con Cristo en la cruz; en los que luchan por un amor celestial, que se elevan de este mundo hacia la pureza y la pobreza del corazón con Cristo, que está junto al Padre; en todos sus fieles que trabajan y sufren por la salvación de los demás.

Lo mismo que la eucaristía, también la penitencia, segundo bautismo, es una participación en la muerte y en la resurrección de Cristo. Para que quede borrado su pecado, el hombre tiene que participar de la inmolación de Cristo; es menester que tome parte en su misma muerte, que haga descender sobre él "la preciosa sangre de Cristo, el Cordero sin tacha ni defecto" (1 Pe 1,19). El reconocimiento de la propia miseria pecadora, la contrición, la confesión, la penitencia son los actos que sumergen al cristiano en Cristo redentor. En la medida en que el cristiano penitente participa de la muerte de Cristo, participa también de su resurrección, al quedar transfigurado, renovado en sus fuerzas, lanzado de nuevo al cumplimiento de su misión en la Iglesia y en el mundo.

4. MISTERIO PASCUAL Y CRECIMIENTO ESPIRITUAL

La madurez cristiana consiste en la consecución del estado de hombre perfecto (Ef 4,13), en el revestimiento del hombre nuevo, creado según Dios en la justicia y en la santidad verdadera (Ef 4,24), en respuesta total a Cristo, don personal de Dios a la humanidad. Todo el que sigue a Cristo, hombre perfecto, en el misterio redentor de muerte y resurrección, "se hace también él más hombre" (GS 41,1), ya que se hace más semejante a Jesús y se acerca a él no sólo en lo que tiene de divino, sino también en lo que tiene de humano. Pues bien, Jesús alcanzó la perfección de su humanidad en la "donación" suprema de la cruz, pues lo que nos hace hombre o mujer es precisamente el amor, el dar. El hombre, que es en la tierra la única criatura a la que Dios ha querido en sí misma, no puede reencontrarse plenamente más que a través de su autodonación desinteresada (GS 24, 3). El que dice amor, en el sentido auténtico de la palabra, dice cruz; y el que dice cruz -sino se trata de una cruz cualquiera, sino de la cruz del Señor- dice necesariamente amor: la cruz es verdaderamente la epifanía del amor. Después de la pasión de Cristo, el camino del dolor se presenta inseparable del camino del amor, o sea, de la capacidad de sacrificarse por los demás, con la convicción cristiana de que todo amor humano que no es don de sí y no va seguido al menos implícitamente del signo y de la sangre de la cruz, no es más que una caricatura del amor. El cristiano muere con Jesús en la cruz cuando reconoce la debilidad radical de su naturaleza, marcada por la triste realidad del pecado, y su pobreza humana hasta la raíz del ser. Ponerse bajo el signo de la cruz quiere decir seguir un ritmo de crecimiento, que a menudo va marcado, en contraposición con los valores mundanos del poder y de la gloria, por la percepción intuitiva de que la lucha, el esfuerzo, el control, el empeño y hasta la frustración son necesarios para un desarrollo armónico de la propia personalidad. El primer Adán se perdió al querer elevarse por encima de su propia naturaleza. Al contrario, Cristo adquirió la salvación aceptando su propia debilidad de hombre hasta la suprema impotencia de la muerte.

Está claro que la cruz no deberá ser nunca un sacrificio inútil del entendimiento humano o del hombre en general. por una falaz absolutización del dolor debida a la malicia humana o por la atribución indebida al cristianismo de un alma o de un espíritu de renuncia. En efecto, la cruz no fue una necesidad impuesta desde fuera por una divinidad deseosa de compensar su propio honor ofendido; históricamente es también el resultado de la lucha de Jesús contra los opresores. Si es verdad que el humanismo de la cruz es la cruz de los humanismos, también es verdad que todo dolor humano que sea vivido en el "dolor de Dios" no permanece estéril o encerrado egoístamente en la pasión masoquista de sí mismo, sino que desencadena una fuerza de liberación para el hombre mismo y contiene la garantía divina de una promoción verdaderamente integral del hombre. Los grandes testigos de la fe cristiana, los santos, que se conformaron en su experiencia espiritual con Cristo doliente, no permanecieron pasivos ante el cambio del destino del hombre, sino que personificaron valores nuevos y originales y sembraron gérmenes fecundos de una nueva vitalidad. Baste pensar en el mensaje revolucionario de un san Francisco de Asís, de un san Ignacio de Loyola, de un san Juan de la Cruz, y en todo ese florecer de hombres y de instituciones en la época moderna que se glorían de servir a Cristo en los pobres y en los pequeños. Junto a los místicos que se sienten "víctima por los pecados" (santa Gema Galgani) o que se quieren "sumergir en la sangre de Cristo" (santa Catalina de Siena), tenemos otros místicos que no se contentan con ser víctimas de reparación, sino que se entregan sin reserva a los pobres y a las muchachas abandonadas (santa Bartolomea Capitanio), santos fundadores que a los votos tradicionales añaden el de ser "víctimas", pero cambiándolo en "forma personal de puro amor" (padre Juan León Dehon);

Sólo una fe que ha madurado en la experiencia de la cruz será capaz de arrojar un rayo de luz sobre el misterio del sufrimiento humano en todas sus formas, y de modo particular el de los inocentes; sobre el misterio del mal moral o del pecado con que el hombre se opone libremente a Dios en nuestro mundo secularizado, que ha perdido el sentido de la trascendencia y que por medio de una crítica corrosiva y despiadada pulveriza todas las concepciones morales y religiosas.

Naturalmente, la cruz es un camino, no el término de un camino, ya que el objetivo del plan divino es que los hombres sean partícipes de la vida y de la felicidad eterna de la Trinidad ("Cognitio Trinitatis in unitate est finis et fructus totius vitae nostrae": santo Tomás, 1 *Sent.*, d. 2, q. 1), y el Nuevo Testamento no separa nunca el Calvario de la mañana de pascua, ni la elevación de Cristo en la cruz de la exaltación a la gloria. Sobre el cristiano que participa en la resurrección del Hijo de Dios se posa la fuerza de Cristo, y la debilidad se troca en fortaleza (2 Cor 12,9), el fracaso en éxito, la muerte en vida (2 Tim 2,11). En él se inaugura la humanidad nueva del Apocalipsis, en donde ya "no habrá más muerte, ni luto, ni clamor, ni pena, porque el primer mundo ha desaparecido" (Ap 21,40). El fiel, resucitado en Cristo, adquiere el dominio pleno de su propia personalidad, ya que logra establecer con sus semejantes y hasta con el universo unas relaciones de comunión. El Espíritu, lo mismo que el día de pentecostés, transforma a los hombres resucitados en una "comunidad", signo y anticipación de la comunidad celestial, en la que cada uno se hace transparente a los otros y a Dios.

El crecimiento y el itinerario espiritual del cristiano no son una empresa solitaria, sino que tienen lugar en la Iglesia, la gran comunidad en camino hacia el santuario celestial, hacia la gran liturgia de la eternidad. Es en la Iglesia, ciudad nueva, guardián y matriz del universo nuevo, aunque operante dentro de nuestro mundo terreno y perecedero, donde Dios recrea y reforma al género humano. Y será en la Iglesia donde el cristiano dé testimonio ante el mundo del misterio de muerte y resurrección de Cristo, que ha inaugurado el "octavo día", sustituyendo la sucesión de los valores históricos por la comunión de los valores eternos, revelando al hombre que ha sido destinado a un mundo superior, a una patria en la que habita la justicia (2 Pe 3,13).

I. Sanna

Nuevo Diccionario de Espiritualidad
Paulinas, 1983. Págs. 921-930